

---

EL MAL FRANCÉS  
MEDIO SIGLO DE NACIONAL-POPULISMO.  
DE LE PEN A ZEMMOUR (1972-2022)



---

JOSÉ ANTONIO RUBIO

# EL MAL FRANCÉS

MEDIO SIGLO DE NACIONAL-POPULISMO  
DE LE PEN A ZEMMOUR (1972-2022)

GRANADA, 2023

---

**COMARES HISTORIA**  
Director de la colección:  
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com). Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.



© Universidad de Extremadura  
Servicio de Publicaciones  
Plaza de Caldereros, 2. 10003 Cáceres (España)  
Tel. 927 257 041; Fax 927 257 046  
[publicac@unex.es](mailto:publicac@unex.es)  
<http://publicauex.unex.es/>  
ISBN (UEx): 978-84-9127-195-6

Esta obra ha sido objeto de una doble evaluación, una interna llevada a cabo por el Consejo Asesor del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, y otra externa, efectuada por evaluadores independientes de reconocido prestigio en el campo temático de la misma (revisión por pares ciegos).

*Diseño de cubierta y maquetación:* Miriam L. Puerta

© José Antonio Rubio

© Editorial Comares, 2023

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

[www.comares.com](http://www.comares.com) • E-mail: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com)

[facebook.com/Comares](https://facebook.com/Comares) • [twitter.com/comareseditor](https://twitter.com/comareseditor) • [instagram.com/editorialcomares](https://instagram.com/editorialcomares)

ISBN: 978-84-1369-612-6 • Depósito Legal: Gr. 1019/2023

Impresión y encuadernación: COMARES

*Tout ce qui était n'est plus; tout ce qui sera n'est pas encore.  
Ne cherchez pas ailleurs le secret de nos maux.*

Alfred de Musset



---

## SUMARIO

1.—CUADERNO DE QUEJAS .....	1
2.—ROTHKO, KOKOSCHKA Y MODIGLIANI SIGUEN LUCHANDO .....	9
Brújulas y cautelas .....	18
3.—¿UNA PREHISTORIA FASCISTA?.....	21
4.—OTRA Balsa DE LA MEDUSA.....	31
Sísifo y la roca cultural.....	36
El factor humano.....	39
5.—EL ENEMIGO INDICADO. LA ERA MITTERRAND.....	47
6.—DIAGONAL ASCENDENTE.....	53
7.—DE LA CALMA AL CISMA.....	65
8.—EL LADRÓN DESVALIJADOV.....	79
La <i>banlieue</i> en llamas.....	89
Un quinquenio de rupturas.....	92
Del conglomerado a la dispersión.....	98
9.—QUÉ VE Y QUÉ PRETENDE: EL FUSTE IDEOLÓGICO.....	101
Un objeto escurridizo.....	103
La Patria y el Otro.....	107
¿Protector o usurpador?.....	121
Tradición y vértigo.....	122
Democracia iliberal.....	125
La globalización en la diana.....	136
Dios y las urnas.....	141
10.—LA NORMALIZACIÓN Y SUS LÍMITES.....	149
Ceños fruncidos.....	156
El dilema del centro-derecha.....	159
¿Todo a estribor?.....	164

---

11.—RADIOGRAFÍA DE UN VOTO .....	175
La impronta geográfica .....	188
Barrio, currículo, valores .....	195
12.—DE LA ALDEA GALA A LA ALDEA GLOBAL .....	207
¿Malcriada o maltratada? .....	210
De las ecuaciones a las sensaciones .....	219
La mezquita y el Starbucks .....	223
¿Romper la baraja? .....	229
13.—DE LA PLUMA AL ASFALTO .....	235
¿Un Mayo del 68 al revés? .....	249
La jacquerie amarilla .....	258
14.—¿RENACIMIENTO O CANTO DEL CISNE? .....	271
La fatiga del État-Providence .....	274
Las izquierdas, entre la perplejidad y el combate .....	280
¿Legítima defensa? .....	283
Democracia en el alero .....	290
Derroteros inciertos .....	290
Una partida abierta .....	307
BIBLIOGRAFÍA .....	311



---

«Lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa». Bajo su banal apariencia, la observación que Ortega y Gasset solía lanzar a propósito de su propia época encierra algunas claves sugerentes, aplicables a tiempos distintos de aquellos en los que él vivió. La ignorancia, sugería el autor de *España invertebrada*, adquiere un peculiar relieve cuando el problema consiste, precisamente, en no saber dónde éste se halla; cuando el mal existe y se siente, pero no se le da ubicación; cuando a la conciencia del malestar se le suma la incapacidad para detectar su fuente. La potencia del diagnóstico orteguiano está, insistimos, en su adecuación a contextos bien distintos de aquellos que originalmente lo inspiraron.

Interesado personal y profesionalmente por la problemática nacionalista en la Europa contemporánea, quien ha escrito estas páginas nunca perdió de vista esa sentencia del filósofo madrileño; sobre todo desde que me aproximé a una de las manifestaciones del fenómeno nacional más pujantes y condicionantes de los últimos decenios: la del moderno populismo de derechas, y más en concreto, el que se ha desarrollado en Francia bajo la V República. Seguramente haya sido éste el país europeo donde los ascensos del llamado «nacional-populismo» han causado mayor perplejidad y han suscitado más interés de historiadores, sociólogos o politólogos. Y ello, principalmente, por el significado simbólico que esta nación tiene en el imaginario occidental, en tanto que fuente abastecedora de una buena parte de los principios filosófico-políticos que sustentan a la democracia moderna. Que el país que en buena medida nutrió al imaginario mundial con la doctrina de los Derechos Humanos y con el concepto cívico-racional de la comunidad política, alimente hoy a movimientos de alto voltaje nacionalista mal avenidos con el legado de 1789, no deja de resultar llamativo, a la par que sintomático.

Con un primer acercamiento al objeto de estudio de este libro, el espectador neófito puede llevarse una impresión extraña. Sin necesidad de que entre de lleno en la naturaleza del fenómeno nacional-populista francés, sólo una rápida toma de pulso a la atmósfera nacional, sólo un tanteo del clima político, social y cultural que reina en el país vecino,

bastan para que el desprevenido observador perciba un aire enrarecido. *Un certain malaise*, como se diría en lengua de Molière. Y sin necesidad de conocer el enunciado orteguiano al que aludíamos antes, es posible llegar intuitivamente a un diagnóstico de ese mismo tenor. Pues sobrevolar el paisaje político de la Francia de las últimas cuatro o cinco décadas permite a cualquiera que se lo proponga detectar, al menos, los materiales del suelo sobre el que ha venido germinando el fenómeno nacional-populista. Males de difusa naturaleza que nos atrevemos a situar en cuatro puntos, o a relacionar con cuatro frustraciones, cuatro heridas que parecen escocer a las élites del país, pero también a sectores amplios de la población de a pie. Los llamaremos «la prosperidad perdida», «la memoria disipada», «la *grandeur* diluida» y «la unidad deshecha».

Para definir su país, el escritor Sylvain Tesson gusta de afirmar que «Francia es un paraíso habitado por gentes que creen vivir en el infierno». Apunta con tal *boutade* a la primera de las fuentes de malestar que hemos enumerado antes. En pocos escenarios como el de la Francia contemporánea adquiere tanto relieve el viejo teorema tocquevilliano según el cual en cualquier comunidad humana, la predisposición al descontento o a la conflictividad sería inversamente proporcional a sus grados de equidad económica y de cohesión social. Tal correlación, obviamente, no resiste a un análisis matemático serio, pero señala una vereda no del todo falsa. Según se apreciará en esta obra, uno de los terrenos mejor abonados para la germinación del nacional-populismo en la Francia del último medio siglo ha sido precisamente el económico; la provocadora sentencia de Tesson pone el dedo en una llaga abierta, la de la insatisfacción con que muchos ciudadanos miran a su propia situación material, y su sensación de que ésta se encuentra estancada o en declive. ¿Francia, un averno, entonces? En términos absolutos, parece descabellado afirmarlo; y seguramente sea deshonesto el utilizar ese arbitrario sentir popular como trampolín para lanzar un proyecto político. Pero si lo interpretamos en términos relativos y subjetivos, ese juicio sobre la realidad de la nación propia deja de prestarse a la caricatura rápida. Recuerda el economista Daniel Cohen que «más que riqueza, lo que ansían las sociedades modernas es el crecimiento; hasta el punto de que casi vale más vivir en un país pobre que se enriquece rápido, que en un país ya rico que se estanca. Si los franceses apreciaron con locura los Treinta Gloriosos, fue porque todo entonces era nuevo; luego, por el contrario, la página de la felicidad por conquistar quedaría en blanco»<sup>1</sup>. En ese descontento o temor está uno de los manantiales que alimentan la desafección hacia el modelo demoliberal.

El segundo de esos manantiales nos invita a observar la serpenteante relación que la sociedad francesa del último medio siglo ha mantenido con la denominada «memoria colectiva». En su célebre testimonio sobre la *débâcle* del año 40, el historiador Marc Bloch daba cuenta de una semioculta fractura que dividía al conjunto de sus compa-

<sup>1</sup> COHEN, Daniel, *La prospérité du vice. Une introduction (inquiète) à l'économie*. Paris: Albin Michel, 2009, p. 154.

triotas, y que tenía como causa la representación colectiva del pasado nacional. «Hay dos categorías de franceses —decía— que nunca entenderán la historia de Francia: la de aquéllos que rechazan vibrar con el recuerdo de la consagración de Reims, y la de aquéllos otros que leen sin emoción el relato de la fiesta de la Federación»<sup>2</sup>. El Estado afanosamente construido a lo largo de por lo menos dos siglos seguía sin alcanzar una anhelada —e improbable— unidad memorial; se acantonaba en uno de sus extremos un catolicismo refractario a identificarse con la obra revolucionaria, y en el otro, se enrocaba un progresismo volteriano según el cual la Historia humana comenzó en 1789. Hoy, ese persistente litigio entre una Francia de la carnalidad, de la esencia y de la tradición, y otra Francia laica, masónica y de la Razón, se percibe casi como una rencilla menor; porque desde la atalaya del siglo XXI, la auténtica sima que divide a los franceses no es ya la que separaba entre sí a esos dos antiguos bloques —relativamente próximos entre sí, a fin de cuentas— sino la que distancia a ambos de otros sustantivamente distintos, los propios de un archipiélago de comunidades étnicas, nacionales y religiosas dispares. El lamento que Bloch lanzaba hace casi un siglo queda hoy en poca cosa, porque las dos medias sociedades cuyo divorcio describía eran, en realidad, dos vertientes de una misma memoria nacional, dos litigantes que sólo se diferenciaban en lo adjetivo, pero no en lo sustantivo. A la estela de la posmodernidad y de Mayo del 68, tras el ingreso de la sociedad francesa en el circuito de la mundialización demográfica y económica, tiene mucho más significado la brecha que separa a ese viejo universo referencial de la nación, de otras identificaciones, de otras memorias ya ajenas a cualquiera de las dos variantes a las que aludía el autor de *L'étrange défaite*. Tanto, que precisamente es el nacional-populismo el que se presenta a sí mismo como el coche-escoba que recoge los trozos rotos de esas dos viejas tradiciones enfrentadas, asumiéndolas como suyas; de este modo, su relato de la patria sitiada y su apología del pasado nacional, podrá apoyarse tanto en el jacobinismo igualitario, como en la narrativa de la *fille aînée de l'Église*; tanto en Marat y Robespierre como en Hugo Capeto y Santa Juana de Arco. No habrá, ciertamente, un equilibrio perfecto entre ambas, y la pendiente tradicionalista tendrá más peso en su discurso, pero poco a poco las fronteras que antes separaban a la una de la otra han ido perdiendo su grosor inicial. Pues al fin y al cabo, ¿qué son las diferencias entre Robespierre y Luis XVI, al lado de las que separan a ambos de Alá, de Mahoma, de Buda, de Apple, de Google o de McDonalds? Si en el tiempo de entre-

<sup>2</sup> BLOCH, Marc, *L'étrange défaite* (1940). Paris: Gallimard, 1990, p. 198. La consagración de Reims era el rito tradicional por el que los monarcas franceses eran ungidos por el obispo de esta ciudad, y pasaban a ser considerados los elegidos de Dios y los defensores de la Iglesia. El rito confería un carácter casi divino a la autoridad política y materializaba la alianza entre el trono y el altar. Por su parte, la Fiesta de la Federación, celebrada el 14 de julio de 1790 en coincidencia con el primer aniversario de la toma de la Bastilla, fue uno de los más emblemáticos eventos de la Revolución francesa, una apoteosis del triunfo del Nuevo Régimen que, entre otros actos, incluyó el juramento por parte del monarca de fidelidad a la Nación.

guerras los Maurras, Doriot, Barrès o Céline despreciaron tanto a la *gueuse*<sup>3</sup>, abjuraron tanto de 1789, ensalzaron tanto los emblemas feudales o pre-democráticos de su país, es verdad que no tuvieron frente a sí a otra manera de ser francés que la preconizada por los acólitos de Rousseau y de la Enciclopedia. Les parecía ésta aberrante, pero no conocieron otra. En el vigente ciclo del capitalismo tardío las cosas han cambiado. En los últimos decenios y a los ojos del nacionalismo francés, la licuefacción de una memoria unificada y más o menos compartida de la patria y su declive ante las narrativas del neoliberalismo, de la globalización o de la multiculturalidad, es el gran peligro, aquél contra el que han de hacer piña los nuevos populismos de derechas.

Tras los leitmotivs de la prosperidad perdida y de la memoria disipada, el tercer elemento que emerge con frecuencia en el discurso de una parte de la *intelligentsia* francesa de las últimas décadas es el de la *Grandeur* diluida. Como los otros *topoi*, también éste vive a medio camino entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo sentido y lo fáctico. Y también aquí las antagónicas cosmovisiones de la Francia tradicionalista y de la Francia *éclairée*, que durante casi dos centurias parecieron estar separadas por distancias abismales, revelan desde finales del siglo xx su relativa cercanía cuando se las sitúa en un marco mucho más abierto y amplio. Aunque con lenguajes distintos, ambas exaltaron el rol preponderante y casi providencial que a Francia le correspondía desempeñar en el mundo. Proclamaba Michelet: «Es necesario que Dios la ilumine más que a cualquiera otra, puesto que en plena noche, ella sigue viendo cuando las demás ya no ven; en medio de esas terribles tinieblas que se hacían a menudo en el medievo y después, nadie distinguía el cielo, excepto una nación. Ésa era Francia»<sup>4</sup>. Vocación de dominio, de influencia, y casi de tutela. Desde el expansionismo bonapartista hasta el antiamericanismo gaulliano, discurre en Francia todo un caudal de orgullo autocomplaciente, de fe en las propias capacidades. Un convencimiento acerca del esplendor propio que, sin embargo, iba a ir marchitándose con el otoño del siglo pasado. Desvanecido el modelo, en medio de un dinámico mundo multipolar, con unas potencias europeas envejecidas, menguadas y rezagadas, condenadas quizá a sobrevivir como hermosos parques temáticos del turismo planetario o como últimos reductos del titubeante *welfare state*, parte de sus sociedades se revuelven, se indignan, se fustigan. Dirigen sus miradas a los posibles culpables, los encuentran y los señalan, finalmente, buscando la improbable recuperación de un brillo nacional casi extinto.

El cuadrilátero de desazones se cierra, finalmente, por el ángulo de la cohesión nacional. Si inquietante les parecía a muchos nacionalistas la inexistencia de unos consensos mínimos en torno al pasado común, más perturbadora aún les resulta la ausencia de un presente compartido. Desde su rincón decadentista y danunzziano, el literato Renaud Camus sentencia: «La Francia de hoy se las ingenia para convertirse en aquello

<sup>3</sup> Literalmente, «la pordiosera». Manera con que la extrema derecha denominaba a la República.

<sup>4</sup> MICHELET, Jules, *Le Peuple*. Paris: Paulin, 1846, p. 276.

que la Francia de ayer se vanagloriaba de no ser: una ex Yugoslavia, unos Balcanes, otro Líbano, un cesto de escorpiones»<sup>5</sup>. En su voz se reconoce a la de aquella fracción de ciudadanos —creciente en amplitud, según proclaman la demoscopia y el propio progreso electoral del *Front National*— que impugnan esa lógica multicultural en la que Francia habría quedado instalada desde la instauración de la V República, y especialmente desde la desarticulación del imperio ultramarino. Sus élites dirigentes, y por supuesto una parte bien extensa de su cuerpo social, tras haber renegado de los principios de la era pre-revolucionaria, también habrían acabado renegando del viejo credo republicano, de cuño progresista o jacobino, aquél que exigía al foráneo esfuerzos de asimilación a un molde previamente establecido. Antes al contrario, se lamentan los nacionalistas de hoy, es a la República a la que le corresponde adaptarse a un recién llegado que porta consigo su cultura. El resultado es el de una nación desencuadrada, que pierde su condición de ligamen entre individuos. Su existencia, insisten los conservadores, es la condición mínima para el consentimiento al pago de tributos y para la cooperación entre ciudadanos que sienten ser una familia extensa. Para una parte considerable de los franceses —y por supuesto para los adeptos del nacional-populismo— la identidad nacional no tiene por qué ser ese ogro dibujado por la escuela liberal que empuja a los pueblos a reeditar lo peor de su historia. Minimizar su peso, renunciar a imponer esfuerzos de asimilación a quien llega de fuera, reducir la ciudadanía a un listado de derechos y deberes, equivaldría en el mejor de los casos a vivir con reglas, pero sin empatía<sup>6</sup>. Actuando así, redefiniendo a los países receptores de inmigración como archipiélagos multiculturales, post-nacionales, las élites cosmopolitas estarían preparando el terreno para el caos futuro. Pues la Historia, a juicio de los nacional-populistas, enseña que una alta diversidad cultural es más obstáculo que ventaja.

Las cuatro desazones hasta ahora apuntadas —la *prosperidad perdida*, la *memoria disipada*, la *grandeur diluida* y la *unidad deshecha*— son la puerta de una obra cuyo título es deliberadamente ambiguo, el «mal francés». En la primera mitad del siglo XVI, un médico veronés llamado Girolamo Fracastoro recurrió a una mezcla de mitología y de saber popular para aludir a una enfermedad venérea de carácter infeccioso que hacía estragos en su época. La denominó *Syphilis sive morbus gallicus*, «Sifilis o mal francés». El galeno se apoyaba en el mito clásico de un pastor llamado Syphilus, primer hombre que habría contraído el mal en cuestión. Y a partir del nombre de aquel individuo, Fracastoro derivó el nombre de la dolencia. Pero en paralelo, la enfermedad era conocida popularmente en la Italia renacentista y en otras muchas partes de Europa como «mal francés», porque se tenía asumido que su foco emisor era el país galo. Es verdad que, como reacción, en la propia Francia se prefería hablar del «mal napolitano»

<sup>5</sup> Renaud Camus entrevistado por Olivier Renault, *La voix de la Russie*, 20/8/2012.

<sup>6</sup> COLLIER, Paul, *Exodus. How Migration is Changing Our World*. Oxford: Oxford U. Press, 2013, p. 345.

(los holandeses mentaban el «mal español», los rusos el «mal polaco» y los turcos el «mal cristiano», en un juego de rencores cruzados) pero acaso fue la invención léxica de los transalpinos la que más fortuna histórica hizo. Obviamente, nuestra obra no guarda relación alguna con temas médicos, pero sí usa ese sintagma, el «mal francés», para señalar por partida doble a dos fenómenos entrelazados que en el último medio siglo, y muy especialmente durante las dos últimas décadas, vienen dando la cara en el país vecino: el avance electoral de un fuerte movimiento nacional-populista, y el desarrollo de una conciencia de malestar, de desengaño o de hartazgo entre partes considerables de la sociedad francesa, que se echan en brazos del referido movimiento político. Así que el «mal francés» puede ser el propio nacional-populismo (que de hecho es habitualmente descrito por sus adversarios como una enfermedad ideológica o gangrena moral que avanza peligrosamente por el cuerpo electoral), o también puede ser la dolencia sufrida por el andamiaje social, político, económico, institucional y cultural del país, y de la que el nacional-populismo sólo sería un efecto lógico, e incluso —según sostienen sus adeptos— un fármaco necesario.

Así pues, ya sea causa o consecuencia de ese mal, ya se le juzgue como virus o como medicina, el nacional-populismo y los fenómenos a él asociados son el centro de atención de nuestro libro. En él, narraremos la sucesión de acontecimientos que han balizado la trayectoria de esa nebulosa política comúnmente conocida como «extrema derecha», y en especial la de su más reconocible marca, el *Front National* que se fundara en 1972. Describiremos las caras y facetas de ese movimiento, peinando para ello el terreno político, por supuesto, pero también otros territorios de importancia. Por ejemplo, el campo socio-económico, lo que nos llevará a examinar el estado de salud material de Francia, la situación en que se hallan sus ciudadanos, en especial los que vienen mostrándose descontentos con el modelo liberal imperante y apoyando soluciones de tipo nacionalista, proteccionista o populista. Y observaremos también la vertiente cultural o intelectual del fenómeno, aquélla que está ligada al ámbito de las ideas y los imaginarios, cuya importancia no puede ser ignorada si queremos discernir los porqués de la pujanza nacional-populista. Despreciar esta tercera faceta supondría ignorar la contribución ejercida por determinadas narrativas (seguridad, autoridad, familia, restauración de valores, la dicotomía entre pueblo real y élite, el redescubrimiento o reinención de raíces y revalorización de la identidad nacional) que se habían llegado a dar por arrinconadas en el espacio público y que en las últimas dos décadas han preludiado, propiciado y acompañado los progresos del movimiento nacional-populista. Pasaremos pues revista a una emergente nebulosa intelectual acendradamente derechista que desde inicios del siglo XXI empezó a aportar oxígeno ideológico a un proyecto político ya en aquellas fechas bien nutrido de votos, pero escaso de cabezas pensantes.

Finalmente, el componente prospectivo-valorativo de la obra nos permitirá sopesar el sentido histórico de la oleada nacional-populista. ¿Hasta qué punto merece credibilidad la premisa explicativa de la «tradición resucitada» en que muchos se han apoyado para explicar el auge de las extremas derechas? ¿En qué medida puede ser aceptado aquel

razonamiento que hace del especial carisma personal del o de los líderes individuales la causa última del éxito nacional-populista? ¿Qué fortalezas y qué flancos débiles tienen aquellas otras explicaciones que tienden a ver en los avances de la extrema derecha meras reacciones pavlovianas contra las victorias electorales de la izquierda? Sabemos bien, además, que el pasado no se repite, pero sí rima. Que el historiador no es adivino, pero sí posee alguna capacidad para otear bifurcaciones venideras. El haber dado con recurrencias y patrones en el pasado permite hacer prospectiva, o al menos saber esbozar los posibles tableros en los que se jugarán las próximas partidas, reflexionar sobre sus posibilidades para poder mantener en el tiempo venidero la curva ascendente que ha descrito durante los últimos decenios; e igualmente plantear la sostenibilidad de aquellos diques que durante décadas obstaculizaron su auge: un sistema demoliberal de tipo representativo más o menos saludable, un sistema de partidos más o menos equilibrado y estabilizado, un andamiaje institucional con elevadas tasas de legitimidad, un entramado socioeconómico relativamente aceptado o generador de cantidades asumibles de frustración, y un contexto cultural (antropológico, tecnológico, mediático) con capacidad para sostener el citado sistema, para acompañarlo solidariamente o que, al menos, no colisione con él. Como se apreciará a lo largo de los capítulos siguientes, la desestabilización (que no total hundimiento) de este panorama es un hecho contrastado desde el último cuarto del siglo xx, y a esa zozobra no es en absoluto ajena la progresión nacional-populista. Del desenlace que tengan esas inestabilidades, de la capacidad del sistema para resistir esas borrascas, dependerá en buena medida la suerte que corran sus adversarios o impugnadores.

El sello del nacional-populismo francés parece ser el de la pugna y la agonía. La reacción de quien teme acabar emparedado entre el gigantismo de lo universal y la minucia de lo particular, sepultado entre la oleada de lo único y el tsunami de lo lili-putiense. Doblemente asediado, atrapado por ese dúo de potencias simultáneas, malvive ese mundo políticamente reaccionario (si nos atenemos al sentido literal de este adjetivo), devoto aún del Estado-nación, al que le cuesta asumir —bien por aversión al cambio, por rigidez de espíritu, por prurito democrático o por apego a certidumbres de otro tiempo— las lógicas de un mundo cada vez más fluido y voluble. En su particular andamiaje conceptual, una pila de amenazas o venenos —liberalismo, progresismo, movilidad, multiculturalismo, innovación, riesgo, cambio, élite— han de recibir *in extremis* el correctivo de otros tantos antídotos: tradición, costumbre, certeza, solidez, pueblo, unidad y orden. ¿Se trata de un retorno de lo que se creía ya desaparecido, o de un espejismo generado por reaccionarios propensos al drama y la épica? Tal es el sentido último que sobrevuela este libro. ¿Resurrección o canto del cisne? ¿Zarpazos terminales y desesperados de lo que se resiste a desaparecer, o preludio de una revancha que sólo está emitiendo sus primeras señales?





El estudio de las extremas derechas en Francia y en el conjunto de Europa reemergidas a lo largo del último medio siglo presenta grandes atractivos pero también considerables escollos. El primero de ellos es de orden terminológico y conceptual. No existe una noción o sentido unívoco de ese polémico sintagma, ambiguo y polisémico donde los haya, teñido más generalmente de voluntad connotativa que denotativa. No hay un sentido fijo y universalmente aceptado sobre lo que es la «extrema derecha», y más bien cabría hablar de «extremas derechas», pensando tanto en términos sincrónicos como diacrónicos. Hasta el propio fascismo histórico es un objeto plural, pues más allá del conjunto de rasgos comunes que en su momento poseyeron todos los movimientos asimilables a dicha categoría, fueron diversas las caras que ésta presentó en función de condicionantes geográficos, históricos o culturales. De manera parecida a lo que ocurrió con aquellos conservadurismos autoritarios de los años 20, 30 y 40 del siglo pasado, también la llamada «extrema derecha» posterior a la II Guerra Mundial ha sido un conjunto inestable hecho de piezas no siempre permanentes.

En su más célebre estudio acerca de la problemática nacionalista en el mundo contemporáneo, el antropólogo Ernst Gellner comparaba a inicios de la década de 1980 un par de mapas políticos y culturales del viejo continente, sacados de dos momentos históricos distintos. Para ganar en eficacia didáctica, acudía a un símil pictórico, y afirmaba que uno de los mapas se parecía a una pintura de Kokoschka, y el segundo a una de Modigliani<sup>1</sup>. Los lienzos del artista austriaco adscrito a la *Sezession* finisecular componían, efectivamente, una irregular madeja de pinceladas de color en la que no era posible discernir ninguna superficie amplia con cierto detalle; en todo caso, percibido en su conjunto, aquel caos aparente sí constituía un peculiar todo. La diversidad, la pluralidad y la complejidad caracterizaban a las obras de este pintor, como también caracterizaban a cualquier mapa político o cultural del mundo previo a las revoluciones

<sup>1</sup> GELLNER, Ernest, *Nations and nationalism* (1983). Ithaca: Cornell University Press, 2008, p. 133.

liberal-burguesas. Minúsculos grupos y comunidades como átomos que mantenían entre sí ambiguas y enrevesadas ligazones de orden ideológico, religioso, cultural, administrativo, histórico o dinástico. Proseguía Gellner colocando al lado de semejante arrecife de coral el mapa de la Europa moderna, que asimilaba a una pintura de Modigliani. A diferencia de la de Kokoschka, en ella casi no había sombras; superficies planas se veían pulcramente separadas entre sí por límites precisos; no había dudas sobre dónde empezaba y dónde acababa cada una de ellas, sin que quedara espacio para el encabalgamiento. El símil era bien gráfico y condensaba en sólo un par de imágenes la explicación de un complejo fenómeno. Pero al haber sido formulado bajo el influjo de coordenadas históricas hoy ya extintas, merecería alguna reconsideración. Aquel mapa segmentado en amplios espacios monocromos que Gellner concibió como el punto de llegada de toda una trayectoria histórica, bien puede ser considerado como una estación de paso. El panorama de la modernidad que el sociólogo describía viene sufriendo desde la última década del siglo pasado una nueva mutación, y se desliza hacia un nuevo estadio presidido por el signo de la uniformidad. El alambicado mundo que precedió a la explosión capitalista y a las revoluciones liberal-burguesas, que Gellner equiparó a las pinturas de Kokoschka<sup>2</sup>, fue efectivamente sustituido por otro mucho más sencillo, hijo de la modernidad industrial y de los procesos de *nation-building*. Sobre el mosaico de minúsculas teselas se impuso un suelo de baldosas mucho más regulares y, sobre todo, perfectamente delimitadas entre sí.

Las novedades simultáneas y contradictorias que ha aportado el momento posmoderno —cuyos balbuceos datan del decenio de 1970, pero cuya definitiva salida a la luz se produjo al término de la Guerra Fría— son dos. El panorama que Gellner asimilaba a las pinturas de Modigliani corre serios riesgos de verse reemplazado, en primer lugar, porque un nuevo paradigma geopolítico, económico y cultural denominado globalización ha llegado para quizá arrastrar todo a su paso. Con su potencia homogeneizadora, tiende a fundir y a simplificar. Si estiramos el símil pictórico, el mundo que en el último medio siglo se prefigura estaría cerca de un cuadro de Mark Rothko, con sus superficies casi homogéneas, sus grandes extensiones prácticamente uniformes, o repartidas como mucho entre dos tonalidades cercanas. El mundo de hoy no es ya ni la inextricable madeja originaria ni el ordenado damero posterior, sino más bien una extensísima y amorfa nebulosa. Al ordenamiento promovido por los estados-nación del último siglo y medio le quiere suceder una estructura aún vaga, en gestación, que deja atrás la inteligibilidad de antaño y se adentra en una vaporosa homogeneidad. Sobre los trabajados edificios nacionales que tantas décadas costó levantar, pende hoy una amenaza de derribo.

<sup>2</sup> El austriaco Oskar Kokoschka (1886-1980) militó en la escuela expresionista; el italiano Amedeo Modigliani (1884-1920) participó de las vanguardias, y el estadounidense de origen letón Mark Rothko (1903-1970) se adscribió a la corriente abstracta.

¿Habrá que inferir, entonces, que ese mundo asimilable a las casi monocromas pinturas de Rothko es la estación-término con la que concluye un camino histórico lineal? Nada más arriesgado. Primero, porque su supuesta uniformidad puede portar en su seno la semilla de un retorno, una vuelta atrás hacia la abigarrada pluralidad de las pinturas de Kokoschka. Ahí están para demostrarlo los bulliciosos regionalismos y nacionalismos subestatales, en cuyos discursos se mezclan reivindicaciones modernas con apelaciones teñidas de primordialismo y esencialismo. No preconizan éstos un ya imposible regreso al pasado, pero sí la construcción de un futuro erigido sobre sujetos colectivos pre-modernos. Con el neologismo *glocalización*<sup>3</sup>, precisamente, se ha tratado de caracterizar a este híbrido momento histórico en el que la capacidad disolvente de las fuerzas homogeneizadoras se alía con el poder erosivo de las liliputienses fuerzas disgregadoras. Al fin y al cabo, unas y otras comparten víctima: el Estado-nación.

Las probabilidades, pues, de que al cuadro de Rothko le pueda suceder una versión actualizada de la antigua pintura de Kokoschka, reflejan bien que la Historia no conoce ni punto final ni equilibrio irrompible. Hasta tal punto ello es así, que otro horizonte viene a sumarse desde inicios del siglo XXI, añadiendo otra bifurcación al camino. El proceso de unificación monocroma del mapamundi también puede toparse con un inesperado obstáculo, el de las resistencias opuestas por naciones políticas que, en un reflejo defensivo, opten por reforzar y renovar sus votos de lealtad al modelo, en apariencia caduco, del Estado westfaliano. En este impulso se enmarca precisamente el fenómeno político, social y cultural que estudiamos en esta obra. En ella se pretende hacer un diagnóstico específico sobre esa reacción de los nacionalismos estatales, aquellos que parecía que iban a resultar los grandes sacrificados de la mundialización, aquellos que estaban abocados a la asfixia por la corriente simultánea de fusión a gran escala y de fisión a pequeños niveles, pero que, al menos en Europa, están vendiendo su piel a precios más altos de los previstos. Y actúan así porque en su seno han emergido movimientos sociopolíticos cuya meta principal es justamente la de constituir diques de contención, que en primera instancia mantengan intactas las soberanías nacionales, y que en un momento ulterior puedan servir como plataformas que faciliten a los Estados la recuperación de parcelas de poder y de identidad cultural ya perdidas. En algunos países europeos, movimientos políticos de esta índole han llegado a conquistar el poder, y en otros, aún no lográndolo, sí han conseguido presionar a sus respectivos gobiernos y condicionar a sus respectivas opiniones públicas, sabiendo difundir sus lenguajes y sus agendas de prioridades. Lejos de verse subsumidos en la marea global, los Estados en los que tales fenómenos han

<sup>3</sup> El funcionamiento óptimo del neoliberalismo no estaría únicamente en la esfera de lo internacional ni por supuesto en el ámbito de lo local, sino que serían ambas facetas —la de lo muy grande y la de lo muy pequeño— las que, actuando simultáneamente, darían rostro al nuevo sistema mundial. SWYNGEDOUW, Erik, «Neither Global nor Local: Glocalisation and the Politics of Scale», en COX, Kevin, *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*. New York: Guilford, 1997, pp. 137-166.

arraigado parecen incluso recuperar terreno, reconquistar parcelas de poder, fundiendo en sus pretensiones un culto clásico a la patria con un peculiar estilo discursivo y con un indisimulado desdén hacia aquellos sueños kantianos de convergencia supranacional que, hasta hace no mucho, eran casi consensuales.

Procede primeramente ensayar una definición global de ese tipo de movimientos, a los que, por economía del lenguaje, se viene adhiriendo la etiqueta genérica de «nacional-populistas». Desde que la Gran Recesión dejara sentir sus efectos a inicios del siglo XXI, en las sociedades de Occidente ha cundido un sentimiento de desengaño con respecto al modelo liberal. La buena prensa que entre segmentos notables de la población vuelven a tener las aduanas, la desconfianza hacia acuerdos comerciales internacionales, y hacia unas instituciones supra-estatales vistas como gigantes opacos y antidemocráticos, el incremento de las expresiones de racismo o, como poco, las manifestaciones de recelo ante el fenómeno migratorio o el aperturismo cultural que predominó años atrás, son sólo algunas muestras del cambio de paradigma que está en curso. Certifica lo dicho, con hechos estadísticamente verificables, la presencia de movimientos políticos organizados que se han consolidado como pivotes en la vida política de sus respectivos Estados. Algunos de ellos no sólo influyen en los gobiernos y los condicionan, sino que han llegado a tocar el poder por la legítima vía del sufragio. Aunque formalmente democráticos, estos movimientos propenden a socavar pilares del sistema liberal una vez se sitúan en el panel de mandos de sus países, como la independencia de la justicia, la libertad de prensa y expresión o el compromiso de neutralidad de los espacios públicos, dando una guerra sin cuartel, de tipo simbólico y cultural, a aquellas partes de la ciudadanía que no comulgan con sus cosmovisiones, colgándoles la etiqueta de traidores («fascistas» si los gobiernos de este tipo son de izquierdas, «antipatriotas» si se ubican en la derecha). Con la Rusia de Putin y la Turquía de Erdogan por parangones, las latitudes americanas (el Brasil de Bolsonaro, los EE. UU. de Trump), y también las europeas (Polonia y Hungría sobre todo, pero en menor medida Eslovaquia, Chequia, Italia, Bulgaria, Rumanía o el propio Reino Unido) vienen presentando versiones locales del fenómeno.

Entre amplios fragmentos de las sociedades occidentales cunde la impresión de que las visiones liberales son indeseables, utópicas, disolventes o directamente nocivas. Muchos ciudadanos vuelven a apostar por ciertas jerarquías que parecían evaporarse, por cosmovisiones y certezas que estaban dejando de serlo, por fronteras políticas y culturales que se venían abajo, mientras juzgan a la euforia progresista, globalista, multicultural, neoliberal y transnacional como una enorme estafa que solo le sería beneficiosa a una exigua élite desarraigada. Todo lo que hasta hace poco se daba por certidumbre —la irreversible victoria del paradigma liberal—, era una realidad volátil. El mencionado sistema no ha desaparecido, por supuesto, pero sí evidencia fatiga, porque son las propias sociedades que, en teoría, lo disfrutaban, las que le dan la espalda. Y no faltan alternativas para reemplazarlo.

Aquello que viene brotando con dispar velocidad en las naciones más desarrolladas es un cúmulo de ofertas políticas que impugnan o que como poco cuestionan algunas

de las vigas que sustentan a la cosmovisión liberal. Si ésta se distingue por el patrocinio de una democracia representativa, esos nuevos movimientos apuestan por democracias formales pero en la práctica teñidas de acentos plebiscitarios y de liderazgos marcados o personalistas. En el terreno económico, estos nuevos movimientos desdeñan, cuando no condenan, el modelo de mercado globalizado, y le contraponen un discurso que, sin abanderar formas de colectivismo ni renegar de la propiedad privada, sí posee tonos estatistas y proteccionistas. Es sin embargo sobre el plano cultural y simbólico donde más se aprecia la distancia entre la propuesta de estos nuevos movimientos y la del paradigma liberal: si éste emana de la confianza en los principios del cambio, la apertura, la innovación y el cosmopolitismo, aquéllos hacen bandera de fórmulas conservadoras, celosas en la preservación del pasado, de la herencia y de las identidades legadas. En el contexto específicamente europeo, al fenómeno que defiende tales postulados la academia y los medios de comunicación le vienen atribuyendo las genéricas etiquetas de «nacional-populismo» o de *alt-right* (forma abreviada con que en el mundo anglosajón se viene designando a la «derecha alternativa», esto es, a una derecha más radical, o menos moderada, que su hermana liberal-conservadora, que suele ser electoralmente mayoritaria y que en las democracias occidentales viene alternándose con el centro-izquierda en el ejercicio del poder).

Tres son sus rasgos esenciales. El primero de ellos es el *nacionalismo*, doctrina según la cual cada pueblo ha de ver reconocido el derecho a ejercer poder soberano sobre el territorio en que habita; lo que en la práctica significa que a cada identidad cultural debe corresponderle un Estado u organización política independiente, y que ésta sólo es legítima si se ajusta a las realidades étnicas, históricas o culturales previas. En consecuencia, el Estado-nación ha de ser el marco de referencia primordial para el individuo, el centro básico de la concentración del poder, el destinatario primordial de la lealtad de los ciudadanos, y, en la gran escala, el actor clave en el juego político mundial. Dado que el nacionalismo se declina en múltiples manifestaciones, posee muy variadas intensidades, y se amolda a postulados ideológicos de muy diversa naturaleza, no cabe inferir que todo nacionalismo sea populista, aunque es cierto que todo populismo posee elevados componentes de nacionalismo.

La segunda pieza indispensable para que funcione la máquina discursiva iliberal es, en efecto, la del *populismo*. Con este resbaladizo término se puede designar tanto al estilo político como al ideario que fracciona simbólicamente al cuerpo social en dos segmentos antagónicos, el de «las personas virtuosas» y el de «la élite corrupta», y que entiende que el ejercicio del poder debería ser ante todo la expresión de la genuina voluntad de la gente, primero de los bloques citados. De ahí que entre sus argumentos más característicos figuren la priorización de una democracia plebiscitaria, una concepción orgánica de la nación, el recelo hacia intelectuales, expertos, técnicos o burócratas, el desdén hacia las instituciones intermediarias propias de la democracia liberal, la que-rencia por retóricas maniqueas y directas, llenas de simplificaciones, ricas en recursos emotivos y refractarias a matices o claroscuros.

Una definición tan genérica como la anterior necesita, no obstante, dos precisiones. La primera está ligada al color ideológico que puede portar ese estilo político llamado populismo. Pues admite éste, en efecto, a dos potenciales declinaciones en función de los idearios políticos que las nutran. Hay un populismo de izquierdas y otro populismo de derechas, conservador o nacionalista.

El derrumbe del bloque soviético y la hegemonía alcanzada por el paradigma liberal empujaron a muchos pensadores, dirigentes y simpatizantes de izquierda clásica a replantearse doctrinas y estrategias. Urgía reemplazar los oxidados materiales de cuño marxista por otros aperos discursivos más flexibles y eficaces, que estaban guardados en la caja del populismo. Así, las referencias a la lucha de clases se verían sustituidas por la oposición entre el nosotros y el ellos, y por su concepción agonística de la vida pública; de preconizar una rearticulación de las relaciones de fuerza entre proletariado y patronal, se pasaría a atizar la sana ira de las gentes de a pie; la denuncia de la opresión capitalista le dejaría paso a una concepción moral y emotivista de la política, que oponía a la corrupción de «los de arriba» el sentido común de las gentes ordinarias. Segmentos crecientes de las izquierdas europeas se orientaron hacia esta vía de marcada heterodoxia, inspirados por teóricos como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe<sup>4</sup>.

Si el populismo de izquierda coloca casi todo el peso de su retórica en la división entre los de arriba y los de abajo, el de derecha o nacional-populismo, aun sin despreciar totalmente esa línea divisoria, antepone otra, que es la que separa a los de dentro de los de fuera, es decir, la que diferencia a la cultura local, nacional y tradicional, de la cultura exterior, importada o alógena. Es en concreto esta segunda fórmula, que porta el marchamo conservador, la que merece la denominación de «nacional-populista», y la que es objeto de atención de este libro. Es, además, la corriente que progresa con más claridad en la mayoría de los países europeos, si bien es cierto que en la franja meridional del continente (Italia, Grecia, España) los populismos de izquierda rivalizan en peso electoral con los de derecha, o incluso los han llegado a superar.

La segunda aclaración que urge hacer al respecto del populismo se deriva de la intención descalificadora o peyorativa con que tiende a usarse dicho término. Más allá de sus propios defensores, un sector de la comunidad académica que no está identificada con sus ideas viene alertando del riesgo que supone utilizar el vocablo de marras con pereza, como rutinaria etiqueta denigratoria para calificar realidades que son bien diversas. El politólogo Jean Leca lo ha observado con un punto de sarcasmo: «cuando

<sup>4</sup> Frontera que va irremisiblemente ligada al movimiento: «el destino del populismo está ligado estrechamente al destino de la frontera política; si esta última desaparece, el “pueblo” como actor histórico se desintegra». LACLAU, Ernesto, *La razón populista*. Buenos Aires: FCE, 2013, p. 117. Este populismo de izquierda, demás, se oponía no sólo al socialismo clásico, sino también a las corrientes de corte libertario actuales que plantean formas de autoorganización democrática y horizontal. La construcción del pueblo, para la teórica Chantal Mouffe, pasa por la unificación del grupo tras la figura de un líder. MOUFFE, Chantal, *Pour un populisme de gauche*. París: Albin Michel, 2016, p. 102.

estoy de acuerdo con las opiniones del pueblo, éstas son populares, y cuando no las apruebo, éstas son populistas»<sup>5</sup>. Profundamente ambiguo, el término «populismo» estaba destinado desde su misma irrupción a entrar en esa extensa lista de palabras multiusos que por significar tantas cosas, acaban por no significar nada. Sin duda, el vocablo ha trazado multitud de meandros a lo largo del tiempo<sup>6</sup>: si su connotación empezó siendo más bien positiva, la palabra ha acabado teniendo un valor generalmente peyorativo; si durante mucho tiempo su uso se limitó a la designación de algunos movimientos políticos concretos —la corriente *Narodniki* de intelectuales rusos, el *boulangisme* francés de fines del siglo XIX, la *Northwestern Alliance* de los EE. UU.— hoy remite a una extensa gama de fenómenos; si inicialmente estuvo anclado a la izquierda, ha terminado relacionándose mayormente con la derecha ideológica; y si durante mucho tiempo su empleo casi no salía del ámbito académico, en las últimas décadas ha entrado en el diccionario habitual de la conversación pública.

Es legítimo plantearse si ese populismo es algo más que la reacción primitiva de masas manejadas por caudillos oportunistas hábiles en espolear las pulsiones más elementales; si es una expresión del entendible despecho que grandes fracciones del electorado sienten hacia un establishment que, en cierto modo, les habría traicionado. Más allá de los reiterados clichés que le rodean, ciertas actitudes comúnmente asociadas a él no nacen necesariamente de un nacionalismo etnicista y cerril, sino que pueden provenir de una comprensible oposición al vaciado de las soberanías estatales. Ni los campeones del populismo serían dictadores vocacionales, ni sus votantes zafios hooligans: una parte de todo ello hay, sin duda, pero el analista honesto quizá tenga que sopesar la lista completa de circunstancias concretas que han podido ir colocando a muchos ciudadanos en posiciones defensivas con respecto a la mundialización.

Cabe recordar un tercer aditivo que posee cóctel nacional-populista, al menos en el Viejo Continente: el denominando «euroescepticismo». Actitud de desaprobación hacia el proceso de integración europea y de rechazo total o parcial de la UE, surgido de dudas acerca de su viabilidad, su utilidad, su funcionamiento o su conveniencia, es un posicionamiento que puede presentarse bajo una amplia gama de intensidades, que van desde la indolencia hasta la oposición radical y militante, pasando por la incredulidad, el rechazo pasivo o la desafección. Pero también el tenor del euroescepticismo depende de la cultura política en que se enmarque el movimiento nacional-populista estudiado, pudiendo ir desde la relativa tibieza que presenta en los países ibéricos, donde es un fenómeno marginal, hasta la elevada y normalizada presencia que tiene en escenarios como el británico, el nórdico o en el área excomunista. Como ocurre en tantos otros

<sup>5</sup> LECA, Jean, «Justice pour les renards! Comment le pluralisme peut nous aider à comprendre le populisme», *Critique*, n.º 776 (2012), p. 87.

<sup>6</sup> DÉZÉ, Alexandre, «Le populisme ou l'introuvable Cendrillon. Autour de quelques ouvrages récents», *Revue Française de Science Politique*, n.º 54 (2004), p. 179.

terrenos, Francia constituye a tal respecto una categoría en sí misma, pues en tanto que motor y corazón del proyecto europeo posbélico (junto a su par alemán), mantiene una histórica ligazón con el mismo, pero en tanto que Estado particularmente celoso de su soberanía y de su especificidad cultural, alberga a grandes masas de población muy desafectas hacia la UE, ya sean éstas de izquierdas o sobre todo, entre sus derechas nacionalistas.

En cualquiera de los casos, los movimientos nacional-populistas argumentan que la UE se ha levantado de espaldas a la voluntad popular, y que toda operación que se destine a reforzarla supone mermar la soberanía de las naciones, marcos naturales y óptimos para el ejercicio de la democracia. En el campo económico, los euroescépticos sostienen que la UE facilita la materialización de las doctrinas neoliberales, daña los intereses de las clases modestas y entrega el control del mercado a élites transnacionales no sometidas al escrutinio ciudadano. No menos peso tienen en el discurso euroescéptico los rechazos de índole cultural y simbólica. La UE, según sus detractores, no sería otra cosa que la apoteosis de un viejo ideal universalista y despersonalizador, un proceso que, por caminar aplastando identidades y culturas, merecería ser desactivado.

Queda fuera de las intenciones de este capítulo el explorar con detenimiento los motivos por los que el nacional-populismo logra hoy recuperar el aliento, tras haber vegetado durante décadas con respiración asistida. Pero si hubiéramos de señalar esquemáticamente esos porqués, deberíamos apuntar al menos en cinco direcciones. Primero, el efecto acelerador que desde 2008 tuvo la llamada Gran Recesión económica mundial; es imposible no establecer correlaciones entre dicha crisis, particularmente severa en las naciones occidentales, y el desgaste de credibilidad desde entonces experimentado por el paradigma liberal, sobre todo entre unas clases medias y modestas<sup>7</sup> que empezaron a mirar con simpatía a movimientos nacionalistas que o bien se fueron creando ex nihilo al calor de la crisis, o que despertaron tras un letargo de décadas. En segundo lugar, también cabe imputar a la propia lógica inherente a la globalización —desmaterialización del poder, financiarización de la economía, evanescencia de las fronteras nacionales, digitalización de los procesos productivos— parte de la responsabilidad en la emergencia neopopulista. Tal dinámica ha ido generando entre ciertas fracciones de la población una suerte de nostalgia de materialidad, un deseo de consistencia, que muchos ciudadanos asocian a las nociones de control, seguridad y certidumbre.

El tercer ingrediente es el fenómeno migratorio. El tráfico global de seres humanos, y muy en especial aquél que protagonizan masas que huyen de la miseria para radicarse en regiones prósperas, no ha dejado de intensificarse desde la oleada descolonizadora del siglo pasado. En paralelo a la misma, el recelo u hostilidad de muchos ciudadanos

<sup>7</sup> Véase: MILANOVIC, Branko, *Global inequality: A New Approach for the Age of Globalization*. London: Harvard University Press, 2016. NACHTWEY, Oliver, *La sociedad del descenso. Precariedad y desigualdad en la era posdemocrática*. Barcelona: Paidós, 2017.



de los países de acogida hacia los extranjeros es la concreción del reflejo defensivo de quienes ven en la inmigración un triple problema: la asfixia que habrían de sufrir unas arcas públicas ya de por sí malnutridas al tener que repartir, fraccionar y reducir la protección social que hasta ahora venían prodigando sólo a los autóctonos; la posible rebaja de las condiciones laborales y salariales del mercado, debido al incremento del número de demandantes de empleo con bajas expectativas, aspiraciones y exigencias; y las lógicas alteraciones de tipo étnico, identitario y cultural que van aparejadas a todo proceso de asentamiento de poblaciones foráneas en un nuevo territorio.

No menos influencia ha tenido la portentosa expansión de las tecnologías de la información y la comunicación. Al colarse por todos los resquicios de la existencia individual y colectiva, tales tecnologías han generado efectos contradictorios. Se les suponía herramientas con que profundizar la democracia y dotar de horizontalidad y pluralidad al debate público, pero su entrada en escena también ha venido a mermar la calidad de dicha conversación, embarrando el campo de debate, tensándolo frívolamente muchas veces y propiciando una confusión entre cantidad y calidad. Las tecnologías de la información y de la comunicación le han abierto anchas autopistas a vehículos ideológicos de todo jaez, incluidos, por supuesto, los nacional-populistas y todos aquellos resueltos a impugnar el sistema demoliberal; es difícil no ver los vínculos que hay entre esta «democracia smartphone»<sup>8</sup> —con sus lógicas de encapsulamiento y de radicalización de usuarios convertidos en bulímicos consumidores de información sesgada— y el descrédito sufrido por partidos políticos y marcos institucionales hasta hace no mucho hegemónicos e incontestados.

Finalmente, cabe mirar a una circunstancia de cariz más ideológico que material o económico. Desde la reconstrucción posbélica de Europa, el sistema demoliberal funcionó de acuerdo con las reglas no escritas de un bipartidismo imperfecto, que favorecía una suerte de turno pacífico en el poder entre las fuerzas cercanas al centro ideológico —liberal-conservadores y socialdemócratas. Pero la irrupción de los fenómenos populistas ha rediseñado tales escenarios, sustituyendo aquella sencilla dualidad turnante por un juego más complejo. Desde los inicios del siglo XXI las simpatías ciudadanas tendieron a dispersarse, quedaron parcialmente destronadas las formaciones hasta entonces dominantes, y fuerzas ubicadas bien a la izquierda de la socialdemocracia o bien a la derecha del conservadurismo clásico ganaron apoyo social y representación institucional.

En líneas generales —y salvo en los casos de la Europa meridional donde también el populismo de izquierda (Podemos, M5S, Syriza) ha sido un notable agitador del escenario político— son los partidos del flanco más derechista del tablero los que han protagonizado la referida ruptura del bipartidismo tradicional. Formaciones apoyadas por votantes que o bien salen del abstencionismo, o bien dan la espalda a las viejas forma-

<sup>8</sup> BROCHET, Francis, *Démocratie smartphone. Le populisme numérique, de Trump à Macron*. Paris: Bourin, 2017.

---

EL MAL FRANCÉS  
MEDIO SIGLO DE NACIONAL-POPULISMO.  
DE LE PEN A ZEMMOUR (1972-2022)



---

JOSÉ ANTONIO RUBIO

# EL MAL FRANCÉS

MEDIO SIGLO DE NACIONAL-POPULISMO  
DE LE PEN A ZEMMOUR (1972-2022)

GRANADA, 2023

---

**COMARES HISTORIA**  
Director de la colección:  
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com). Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.



© Universidad de Extremadura  
Servicio de Publicaciones  
Plaza de Caldereros, 2. 10003 Cáceres (España)  
Tel. 927 257 041; Fax 927 257 046  
[publicac@unex.es](mailto:publicac@unex.es)  
<http://publicauex.unex.es/>  
ISBN (UEx): 978-84-9127-195-6

Esta obra ha sido objeto de una doble evaluación, una interna llevada a cabo por el Consejo Asesor del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, y otra externa, efectuada por evaluadores independientes de reconocido prestigio en el campo temático de la misma (revisión por pares ciegos).

*Diseño de cubierta y maquetación:* Miriam L. Puerta

© José Antonio Rubio

© Editorial Comares, 2023  
Polígono Juncaril  
C/ Baza, parcela 208  
18220 • Albolote (Granada)  
Tlf.: 958 465 382

[www.comares.com](http://www.comares.com) • E-mail: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com)  
[facebook.com/Comares](https://facebook.com/Comares) • [twitter.com/comareseditor](https://twitter.com/comareseditor) • [instagram.com/editorialcomares](https://instagram.com/editorialcomares)  
ISBN: 978-84-1369-612-6 • Depósito Legal: Gr. 1019/2023  
Impresión y encuadernación: COMARES

*Tout ce qui était n'est plus; tout ce qui sera n'est pas encore.  
Ne cherchez pas ailleurs le secret de nos maux.*

Alfred de Musset



---

## SUMARIO

1.—CUADERNO DE QUEJAS .....	1
2.—ROTHKO, KOKOSCHKA Y MODIGLIANI SIGUEN LUCHANDO .....	9
Brújulas y cautelas .....	18
3.—¿UNA PREHISTORIA FASCISTA?.....	21
4.—OTRA Balsa DE LA MEDUSA.....	31
Sísifo y la roca cultural.....	36
El factor humano.....	39
5.—EL ENEMIGO INDICADO. LA ERA MITTERRAND.....	47
6.—DIAGONAL ASCENDENTE.....	53
7.—DE LA CALMA AL CISMA.....	65
8.—EL LADRÓN DESVALIJADOV.....	79
La <i>banlieue</i> en llamas.....	89
Un quinquenio de rupturas.....	92
Del conglomerado a la dispersión.....	98
9.—QUÉ VE Y QUÉ PRETENDE: EL FUSTE IDEOLÓGICO.....	101
Un objeto escurridizo.....	103
La Patria y el Otro.....	107
¿Protector o usurpador?.....	121
Tradición y vértigo.....	122
Democracia iliberal.....	125
La globalización en la diana.....	136
Dios y las urnas.....	141
10.—LA NORMALIZACIÓN Y SUS LÍMITES.....	149
Ceños fruncidos.....	156
El dilema del centro-derecha.....	159
¿Todo a estribor?.....	164



---

11.—RADIOGRAFÍA DE UN VOTO .....	175
La impronta geográfica .....	188
Barrio, currículo, valores .....	195
12.—DE LA ALDEA GALA A LA ALDEA GLOBAL .....	207
¿Malcriada o maltratada? .....	210
De las ecuaciones a las sensaciones .....	219
La mezquita y el Starbucks .....	223
¿Romper la baraja? .....	229
13.—DE LA PLUMA AL ASFALTO .....	235
¿Un Mayo del 68 al revés? .....	249
La jacquerie amarilla .....	258
14.—¿RENACIMIENTO O CANTO DEL CISNE? .....	271
La fatiga del État-Providence .....	274
Las izquierdas, entre la perplejidad y el combate .....	280
¿Legítima defensa? .....	283
Democracia en el alero .....	290
Derroteros inciertos .....	290
Una partida abierta .....	307
BIBLIOGRAFÍA .....	311

---

«Lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa». Bajo su banal apariencia, la observación que Ortega y Gasset solía lanzar a propósito de su propia época encierra algunas claves sugerentes, aplicables a tiempos distintos de aquellos en los que él vivió. La ignorancia, sugería el autor de *España invertebrada*, adquiere un peculiar relieve cuando el problema consiste, precisamente, en no saber dónde éste se halla; cuando el mal existe y se siente, pero no se le da ubicación; cuando a la conciencia del malestar se le suma la incapacidad para detectar su fuente. La potencia del diagnóstico orteguiano está, insistimos, en su adecuación a contextos bien distintos de aquellos que originalmente lo inspiraron.

Interesado personal y profesionalmente por la problemática nacionalista en la Europa contemporánea, quien ha escrito estas páginas nunca perdió de vista esa sentencia del filósofo madrileño; sobre todo desde que me aproximé a una de las manifestaciones del fenómeno nacional más pujantes y condicionantes de los últimos decenios: la del moderno populismo de derechas, y más en concreto, el que se ha desarrollado en Francia bajo la V República. Seguramente haya sido éste el país europeo donde los ascensos del llamado «nacional-populismo» han causado mayor perplejidad y han suscitado más interés de historiadores, sociólogos o politólogos. Y ello, principalmente, por el significado simbólico que esta nación tiene en el imaginario occidental, en tanto que fuente abastecedora de una buena parte de los principios filosófico-políticos que sustentan a la democracia moderna. Que el país que en buena medida nutrió al imaginario mundial con la doctrina de los Derechos Humanos y con el concepto cívico-racional de la comunidad política, alimente hoy a movimientos de alto voltaje nacionalista mal avenidos con el legado de 1789, no deja de resultar llamativo, a la par que sintomático.

Con un primer acercamiento al objeto de estudio de este libro, el espectador neófito puede llevarse una impresión extraña. Sin necesidad de que entre de lleno en la naturaleza del fenómeno nacional-populista francés, sólo una rápida toma de pulso a la atmósfera nacional, sólo un tanteo del clima político, social y cultural que reina en el país vecino,

bastan para que el desprevenido observador perciba un aire enrarecido. *Un certain malaise*, como se diría en lengua de Molière. Y sin necesidad de conocer el enunciado orteguiano al que aludíamos antes, es posible llegar intuitivamente a un diagnóstico de ese mismo tenor. Pues sobrevolar el paisaje político de la Francia de las últimas cuatro o cinco décadas permite a cualquiera que se lo proponga detectar, al menos, los materiales del suelo sobre el que ha venido germinando el fenómeno nacional-populista. Males de difusa naturaleza que nos atrevemos a situar en cuatro puntos, o a relacionar con cuatro frustraciones, cuatro heridas que parecen escocer a las élites del país, pero también a sectores amplios de la población de a pie. Los llamaremos «la prosperidad perdida», «la memoria disipada», «la *grandeur* diluida» y «la unidad deshecha».

Para definir su país, el escritor Sylvain Tesson gusta de afirmar que «Francia es un paraíso habitado por gentes que creen vivir en el infierno». Apunta con tal *boutade* a la primera de las fuentes de malestar que hemos enumerado antes. En pocos escenarios como el de la Francia contemporánea adquiere tanto relieve el viejo teorema tocquevilliano según el cual en cualquier comunidad humana, la predisposición al descontento o a la conflictividad sería inversamente proporcional a sus grados de equidad económica y de cohesión social. Tal correlación, obviamente, no resiste a un análisis matemático serio, pero señala una vereda no del todo falsa. Según se apreciará en esta obra, uno de los terrenos mejor abonados para la germinación del nacional-populismo en la Francia del último medio siglo ha sido precisamente el económico; la provocadora sentencia de Tesson pone el dedo en una llaga abierta, la de la insatisfacción con que muchos ciudadanos miran a su propia situación material, y su sensación de que ésta se encuentra estancada o en declive. ¿Francia, un averno, entonces? En términos absolutos, parece descabellado afirmarlo; y seguramente sea deshonesto el utilizar ese arbitrario sentir popular como trampolín para lanzar un proyecto político. Pero si lo interpretamos en términos relativos y subjetivos, ese juicio sobre la realidad de la nación propia deja de prestarse a la caricatura rápida. Recuerda el economista Daniel Cohen que «más que riqueza, lo que ansían las sociedades modernas es el crecimiento; hasta el punto de que casi vale más vivir en un país pobre que se enriquece rápido, que en un país ya rico que se estanca. Si los franceses apreciaron con locura los Treinta Gloriosos, fue porque todo entonces era nuevo; luego, por el contrario, la página de la felicidad por conquistar quedaría en blanco»<sup>1</sup>. En ese descontento o temor está uno de los manantiales que alimentan la desafección hacia el modelo demoliberal.

El segundo de esos manantiales nos invita a observar la serpenteante relación que la sociedad francesa del último medio siglo ha mantenido con la denominada «memoria colectiva». En su célebre testimonio sobre la *débâcle* del año 40, el historiador Marc Bloch daba cuenta de una semioculta fractura que dividía al conjunto de sus compa-

<sup>1</sup> COHEN, Daniel, *La prospérité du vice. Une introduction (inquiète) à l'économie*. Paris: Albin Michel, 2009, p. 154.

triotas, y que tenía como causa la representación colectiva del pasado nacional. «Hay dos categorías de franceses —decía— que nunca entenderán la historia de Francia: la de aquéllos que rechazan vibrar con el recuerdo de la consagración de Reims, y la de aquéllos otros que leen sin emoción el relato de la fiesta de la Federación»<sup>2</sup>. El Estado afanosamente construido a lo largo de por lo menos dos siglos seguía sin alcanzar una anhelada —e improbable— unidad memorial; se acantonaba en uno de sus extremos un catolicismo refractario a identificarse con la obra revolucionaria, y en el otro, se enrocaba un progresismo volteriano según el cual la Historia humana comenzó en 1789. Hoy, ese persistente litigio entre una Francia de la carnalidad, de la esencia y de la tradición, y otra Francia laica, masónica y de la Razón, se percibe casi como una rencilla menor; porque desde la atalaya del siglo XXI, la auténtica sima que divide a los franceses no es ya la que separaba entre sí a esos dos antiguos bloques —relativamente próximos entre sí, a fin de cuentas— sino la que distancia a ambos de otros sustantivamente distintos, los propios de un archipiélago de comunidades étnicas, nacionales y religiosas dispares. El lamento que Bloch lanzaba hace casi un siglo queda hoy en poca cosa, porque las dos medias sociedades cuyo divorcio describía eran, en realidad, dos vertientes de una misma memoria nacional, dos litigantes que sólo se diferenciaban en lo adjetivo, pero no en lo sustantivo. A la estela de la posmodernidad y de Mayo del 68, tras el ingreso de la sociedad francesa en el circuito de la mundialización demográfica y económica, tiene mucho más significado la brecha que separa a ese viejo universo referencial de la nación, de otras identificaciones, de otras memorias ya ajenas a cualquiera de las dos variantes a las que aludía el autor de *L'étrange défaite*. Tanto, que precisamente es el nacional-populismo el que se presenta a sí mismo como el coche-escoba que recoge los trozos rotos de esas dos viejas tradiciones enfrentadas, asumiéndolas como suyas; de este modo, su relato de la patria sitiada y su apología del pasado nacional, podrá apoyarse tanto en el jacobinismo igualitario, como en la narrativa de la *fille aînée de l'Église*; tanto en Marat y Robespierre como en Hugo Capeto y Santa Juana de Arco. No habrá, ciertamente, un equilibrio perfecto entre ambas, y la pendiente tradicionalista tendrá más peso en su discurso, pero poco a poco las fronteras que antes separaban a la una de la otra han ido perdiendo su grosor inicial. Pues al fin y al cabo, ¿qué son las diferencias entre Robespierre y Luis XVI, al lado de las que separan a ambos de Alá, de Mahoma, de Buda, de Apple, de Google o de McDonalds? Si en el tiempo de entre-

<sup>2</sup> BLOCH, Marc, *L'étrange défaite* (1940). Paris: Gallimard, 1990, p. 198. La consagración de Reims era el rito tradicional por el que los monarcas franceses eran ungidos por el obispo de esta ciudad, y pasaban a ser considerados los elegidos de Dios y los defensores de la Iglesia. El rito confería un carácter casi divino a la autoridad política y materializaba la alianza entre el trono y el altar. Por su parte, la Fiesta de la Federación, celebrada el 14 de julio de 1790 en coincidencia con el primer aniversario de la toma de la Bastilla, fue uno de los más emblemáticos eventos de la Revolución francesa, una apoteosis del triunfo del Nuevo Régimen que, entre otros actos, incluyó el juramento por parte del monarca de fidelidad a la Nación.

guerras los Maurras, Doriot, Barrès o Céline despreciaron tanto a la *gueuse*<sup>3</sup>, abjuraron tanto de 1789, ensalzaron tanto los emblemas feudales o pre-democráticos de su país, es verdad que no tuvieron frente a sí a otra manera de ser francés que la preconizada por los acólitos de Rousseau y de la Enciclopedia. Les parecía ésta aberrante, pero no conocieron otra. En el vigente ciclo del capitalismo tardío las cosas han cambiado. En los últimos decenios y a los ojos del nacionalismo francés, la licuefacción de una memoria unificada y más o menos compartida de la patria y su declive ante las narrativas del neoliberalismo, de la globalización o de la multiculturalidad, es el gran peligro, aquél contra el que han de hacer piña los nuevos populismos de derechas.

Tras los leitmotivs de la prosperidad perdida y de la memoria disipada, el tercer elemento que emerge con frecuencia en el discurso de una parte de la *intelligentsia* francesa de las últimas décadas es el de la *Grandeur* diluida. Como los otros *topoi*, también éste vive a medio camino entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo sentido y lo fáctico. Y también aquí las antagónicas cosmovisiones de la Francia tradicionalista y de la Francia *éclairée*, que durante casi dos centurias parecieron estar separadas por distancias abismales, revelan desde finales del siglo xx su relativa cercanía cuando se las sitúa en un marco mucho más abierto y amplio. Aunque con lenguajes distintos, ambas exaltaron el rol preponderante y casi providencial que a Francia le correspondía desempeñar en el mundo. Proclamaba Michelet: «Es necesario que Dios la ilumine más que a cualquiera otra, puesto que en plena noche, ella sigue viendo cuando las demás ya no ven; en medio de esas terribles tinieblas que se hacían a menudo en el medievo y después, nadie distinguía el cielo, excepto una nación. Ésa era Francia»<sup>4</sup>. Vocación de dominio, de influencia, y casi de tutela. Desde el expansionismo bonapartista hasta el antiamericanismo gaulliano, discurre en Francia todo un caudal de orgullo autocomplaciente, de fe en las propias capacidades. Un convencimiento acerca del esplendor propio que, sin embargo, iba a ir marchitándose con el otoño del siglo pasado. Desvanecido el modelo, en medio de un dinámico mundo multipolar, con unas potencias europeas envejecidas, menguadas y rezagadas, condenadas quizá a sobrevivir como hermosos parques temáticos del turismo planetario o como últimos reductos del titubeante *welfare state*, parte de sus sociedades se revuelven, se indignan, se fustigan. Dirigen sus miradas a los posibles culpables, los encuentran y los señalan, finalmente, buscando la improbable recuperación de un brillo nacional casi extinto.

El cuadrilátero de desazones se cierra, finalmente, por el ángulo de la cohesión nacional. Si inquietante les parecía a muchos nacionalistas la inexistencia de unos consensos mínimos en torno al pasado común, más perturbadora aún les resulta la ausencia de un presente compartido. Desde su rincón decadentista y danunzziano, el literato Renaud Camus sentencia: «La Francia de hoy se las ingenia para convertirse en aquello

<sup>3</sup> Literalmente, «la pordiosera». Manera con que la extrema derecha denominaba a la República.

<sup>4</sup> MICHELET, Jules, *Le Peuple*. Paris: Paulin, 1846, p. 276.

que la Francia de ayer se vanagloriaba de no ser: una ex Yugoslavia, unos Balcanes, otro Líbano, un cesto de escorpiones»<sup>5</sup>. En su voz se reconoce a la de aquella fracción de ciudadanos —creciente en amplitud, según proclaman la demoscopia y el propio progreso electoral del *Front National*— que impugnan esa lógica multicultural en la que Francia habría quedado instalada desde la instauración de la V República, y especialmente desde la desarticulación del imperio ultramarino. Sus élites dirigentes, y por supuesto una parte bien extensa de su cuerpo social, tras haber renegado de los principios de la era pre-revolucionaria, también habrían acabado renegando del viejo credo republicano, de cuño progresista o jacobino, aquél que exigía al foráneo esfuerzos de asimilación a un molde previamente establecido. Antes al contrario, se lamentan los nacionalistas de hoy, es a la República a la que le corresponde adaptarse a un recién llegado que porta consigo su cultura. El resultado es el de una nación desencuadrada, que pierde su condición de ligamen entre individuos. Su existencia, insisten los conservadores, es la condición mínima para el consentimiento al pago de tributos y para la cooperación entre ciudadanos que sienten ser una familia extensa. Para una parte considerable de los franceses —y por supuesto para los adeptos del nacional-populismo— la identidad nacional no tiene por qué ser ese ogro dibujado por la escuela liberal que empuja a los pueblos a reeditar lo peor de su historia. Minimizar su peso, renunciar a imponer esfuerzos de asimilación a quien llega de fuera, reducir la ciudadanía a un listado de derechos y deberes, equivaldría en el mejor de los casos a vivir con reglas, pero sin empatía<sup>6</sup>. Actuando así, redefiniendo a los países receptores de inmigración como archipiélagos multiculturales, post-nacionales, las élites cosmopolitas estarían preparando el terreno para el caos futuro. Pues la Historia, a juicio de los nacional-populistas, enseña que una alta diversidad cultural es más obstáculo que ventaja.

Las cuatro desazones hasta ahora apuntadas —la *prosperidad perdida*, la *memoria disipada*, la *grandeur diluida* y la *unidad deshecha*— son la puerta de una obra cuyo título es deliberadamente ambiguo, el «mal francés». En la primera mitad del siglo XVI, un médico veronés llamado Girolamo Fracastoro recurrió a una mezcla de mitología y de saber popular para aludir a una enfermedad venérea de carácter infeccioso que hacía estragos en su época. La denominó *Syphilis sive morbus gallicus*, «Sifilis o mal francés». El galeno se apoyaba en el mito clásico de un pastor llamado Syphilus, primer hombre que habría contraído el mal en cuestión. Y a partir del nombre de aquel individuo, Fracastoro derivó el nombre de la dolencia. Pero en paralelo, la enfermedad era conocida popularmente en la Italia renacentista y en otras muchas partes de Europa como «mal francés», porque se tenía asumido que su foco emisor era el país galo. Es verdad que, como reacción, en la propia Francia se prefería hablar del «mal napolitano»

<sup>5</sup> Renaud Camus entrevistado por Olivier Renault, *La voix de la Russie*, 20/8/2012.

<sup>6</sup> COLLIER, Paul, *Exodus. How Migration is Changing Our World*. Oxford: Oxford U. Press, 2013, p. 345.